

La mujer que sostenía el fusil

Brissa Ochoa

“No se lo dirás a tu madre. Prométemelo”, dijo la abuela antes de morir, fueron sus últimas palabras. Me había contado un secreto que no pedí saber y que ahora era mío. No debí entrar a su habitación aquel día, ni agarrar su libro, ni esa foto. Tampoco debí hacer aquella pregunta.

Antes de sentarme en la silla junto a su cama, tomé el libro de la mesita de noche, *Grandes esperanzas*, y decidí abrirlo donde estaba el separador, así podría leerle a la vieja, aunque sea un rato, cuando despertara. Ahí encontré la fotografía; mostraba a tres mujeres de pie, con la cara seria y el ceño fruncido. La de en medio sujetaba un arma con ambas manos, con coraje. En el reverso estaban escritos tres nombres, acomodados de forma vertical en la silueta de cada una. La mujer que sostenía el fusil era Carmen Navarro, mi abuela.

—Así que eras una mujer intrépida —le dije cuando por fin abrió los ojos.

—Lo sigo siendo, flaco, pero ahora soy vieja —sonrió y extendió la mano, pidiéndome la fotografía. La observó un largo rato. —Ya no veo bien, pero está en la memoria.

—¿Y has matado a alguien, abuela? —le dije como de broma, porque ella no podría, era la abuela.

—Sí —al escucharla miré su rostro esperando a que se desmintiera con una sonrisa. —Maté a un hombre; pero solo a uno —no podía creérmelo. Cerré el libro y la miré fijo. Pensé que debía decirle algo, pero no supe qué. — Tráeme la botella que está por ahí y un par de esos vasos, los de cristal — dijo señalando el buró que estaba cerca de la puerta y así lo hice.

Coloqué los vasos sobre la mesita donde antes estaba el libro y abrí la botella de forma mecánica, sin que me lo pidiera.

—Hace tanto que bebí un trago de manzanilla que temo no sepa igual a como lo recuerdo. ¿Lo has probado, flaco?

—No — contesté y serví un poco en cada vaso.

—Sabe a gloria, así lo recuerdo. Dime, ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Pues yo tenía esa edad. No cuando maté al hombre sino cuando todo empezó — dijo al coger el vaso que le acercaba. Y se quedó viéndolo como si de él brotaran los recuerdos. —Trabajaba en la Hacienda de los Garrido, en la caballeriza. Acabábamos de llegar al pueblo cuando nos ofrecieron el trabajo, de pura suerte. Eso dije, pero no sabía que era de la mala, cómo iba a saber.

El patrón fue amable desde el principio y nos ofreció un lugar para vivir cerca de la hacienda. Nos aceptó con todo y la nena que apenas tenía tres años, pero la ilusión duró solo un par de semanas, aquello era un verdadero infierno. El patrón era malvado como pocos, y justo estábamos pensando en irnos cuando pasó.

»Hacía mucho calor, el viento casi no corría y era difícil respirar. Estaba terminando de asear el establo cuando escuché que alguien entraba “¿Qué se le ofrece, patrón?” le dije, pero no contestó. Supe de sus intenciones con solo verle a los ojos. Se abalanzó sobre mí y comenzó a jalar de mis ropas desgarrando todo, y terminé en el suelo, sin nada encima más que él. Hizo lo que le vino en gana. Como pude tomé un pedazo de madera que tenía cerca y le di un golpe, pero el maldito se rio, yo no tenía fuerzas, se me habían acabado. “Si de verdad quieres a tu marido será mejor que no digas nada. Tú entiendes.” dijo mientras se ajustaba el pantalón y caminaba, trastabillando, hasta la puerta.

»La nena seguía dormida al otro lado del establo. Me vestí con lo que pude y fui por ella. La llevé en brazos por todo el camino hasta llegar a casa, era tan linda. Aunque debo admitir que cuando nació sentí pena, me habría gustado que fuera varón. Para que no sufriera, no por otra cosa.

»Esa noche no pude dormir ni un segundo. Se me pasó el tiempo observando las ventanas, la puerta abierta y al aire que no corría. Podía sentir la piel de mis brazos adhiriéndose a la de mi estómago, la de mi pierna izquierda con la derecha.

»Cuando salió el sol mi marido ya tenía un par de horas fuera de la cama “Hoy vas al establo de nuevo” dijo y yo negué con la cabeza. “Qué dices, Carmen. No comemos aire y la nena tampoco. Levántate que con lo mío no nos alcanza”. Y quise contarle todo, pero tuve miedo y vergüenza. ¿Lo puedes creer, flaco? ¡Vergüenza! Me levanté, arreglé a la nena, preparé la comida para llevarla al trabajo y nos fuimos, pero antes de eso acomodé un cuchillo entre mis ropas, por la cadera, tan pequeño que ni se notaba.

»Esa mañana me encargué de terminar mis labores lo más rápido que pude en compañía de Matilde, una muchacha morena que no paraba de hablar de un grupo del cual formaba parte una de sus primas. “Rebeldes”, le dije, y ella me contradecía. Estaba muy emocionada con el tema y yo aproveché eso para no quedarme sola hasta la hora de la comida.

»El día era precioso, el sol brillaba en los rizos dorados de la nena y en sus ojos negros mientras la silueta de mi marido se veía a lo lejos, arando. Alguien le avisó de nuestra presencia y rápido se acercó hasta nosotras. La nena se le fue en brazos y él besó su frente. “Lo estuve pensando, Carmen. Nos iremos en cuanto nos paguen lo pendiente, lo prometo” dijo, y asentí sin verle a la cara, todavía no podía. “Dejé la comida donde siempre, nosotras nos vamos a casa”, dije, y bajó a la nena sin decir nada mientras veía al horizonte, engurruñando los ojos y quitándose el sombrero.

»En ese momento escuché a mi espalda el sonido que hacen los equinos herrados al andar, cada vez más fuerte. “Buenos días, patrón”, dijo mi marido, y como respuesta solo se escuchó el crujido de las botas sobre la tierra al bajar del caballo. El maldito caminó hasta nosotros y cuando estuvo de frente se quitó el sombrero y miró al pastizal, a la derecha., pero él no quería ver nada. Quería que yo le viera. En ese lado del rostro, desde el pómulos hasta el inicio del cabello, se asomaba un color purpura con manchas rojas en los bordes, justo donde le di el golpe un día antes, y me temblaron las piernas.

»Me despedí como pude y tomé a la nena de la mano, sentí que iba a soltar en llanto en cualquier momento y mis pies helados apenas me sostenían. Caminé despacio, alrededor de diez metros, pero Dios sabe que quería correr. Y lo hubiera hecho. “¿Qué hace, patrón? ¿Qué hace?” escuché gritar a mi marido y levanté la mirada, sin poder moverme, imaginando lo peor, pero hasta eso fue poco. “¡Noo! ¡Nooo!”, supliqué desesperado y un disparo se escuchó enseguida. Solté a la nena y giré; fue como un reflejo. Mi marido estaba tumbado de rodillas, con ambos brazos extendidos hacía abajo tocando la tierra con los nudillos. Tenía la boca muy abierta, pero nada se escuchaba, como si gritara hacía dentro. Como si le hubieran arrancado el alma porque así fue, flaco, nos arrancaron el alma.

»La nena cayó al suelo, boca abajo, como si estuviera dormida sobre un gran charco de agua muy roja. Y yo no podía entender, no me cabía en la cabeza. Cuando al fin pude moverme me tiré en el suelo con ella y la traje a mi pecho. La tierra y la sangre se le habían pegado en la cara e intenté limpiársela, pero se embarraba más y más por todas partes. Yo no podía escuchar nada. Me faltaba el aire, me faltaba mi hija. Ya ni podía sostenerme y me di cuenta de que aquella sangre también era mía, brotando de mi estómago, escurriendo por las piernas; se me había clavado el cuchillo. —dijo la abuela con voz ahogada. Con la mirada fija en el pasado, en el recuerdo de su hija muerta.

—Dime que fue a él, abuela. Dime que fue ese hombre a quien mataste — pero no dijo nada. Ni siquiera sé si me escuchó.

—Después de dos meses yo no tenía fuerzas más que para llorar. Mi marido se tiró al alcohol, vagando por lo bares. Diciendo que no se mataba nomás porque era pecado, y yo le decía lo mismo, pero no era cierto. Un día ya no lo volví a ver, se fue por ahí buscando la muerte hasta que la encontró.

»Matilde me salvó la vida. Si no hubiera sido por ella y su prima, no sé qué habría pasado conmigo. Son las dos mujeres que están a mi lado en la foto, las rebeldes les decía. Un día me propusieron ir a la hacienda y matar a Garrido o, por lo menos, sacarle un buen susto. Se les hacía fácil, y a mí no. “Pero si te mató a tu hijita”, me decían, como si yo no lo supiera.

»Terminé por irme con su grupo, muy lejos de ahí. Era lo que necesitaba, decían que me iba hacer bien y así fue por un tiempo. Cuatro años para ser exactos. No me volví a casar, ni tuve más hijos. Todas mis decisiones apuntaban directamente a aquel pueblo. Me arrastraban a él, así que me dejé llevar y, como cosa de broma, a los dos días me encontré a Garrido; vas tú a creer que ni se acordó de mí. Ni me reconocía. Hasta me ofreció trabajo.

»Esa misma noche lo hice. Tuve miedo de que si me esperaba un poco más no lo mataría. Fui hasta su despacho, tomé su arma y le disparé en la cabeza. Tenía un vaso como éste en el escritorio. No le di el placer del último sorbo al maldito —dijo, y se bebió la manzanilla de un trago mientras yo la observaba. Y un silencio, de esos que lastiman, invadió la habitación. — Escúchame bien, que eso no es lo importante.

»Cuando salí al pasillo, después de matarlo, me topé con una niña de cabello lacio y negro. Su cuerpo estaba lleno de marcas y moretones, era su hija. Su madre había muerto en el parto. Me la traje conmigo. Ella tenía sus ojos, flaco, pero ni eso importó. Y tú tienes los ojos de ella.”

BRISSA OCHOA. Matamoros, Tamaulipas (1990). Profesora egresada de la Escuela Normal J. Guadalupe Mainero. Participa en el Taller de Creación y Apreciación Literaria del Instituto Regional de Bellas Artes de Matamoros, México. Ha publicado el libro *Suspendidos* (Pathbooks, 2020). Su obra ha sido incluida en las antologías *Justo en el borde* (2019); y *Cuentos cortos para noches largas* (2019).

Recibido: 16 de septiembre de 2020

Aprobado: 20 de enero de 2022